

astronómicos! (1) Sólo entonces, tras un crepúsculo de una prolongación enorme é indefinida, se ve en Caldea y en China comenzar la historia cierta y fechada. Hay cinco ó seis de estos grandes centros independientes de civilización espontánea, China, Babilonia, la antigua Persia, la India, Egipto, Fenicia, los dos imperios de América. Recojamos sus restos, leamos los de sus libros que han subsistido y que los viajeros nos traen, los cinco Kings de los chinos, los Vedas de los indios, el Zend-Avesta de los antiguos persas, y en ellos encontraremos religiones morales, filosofías, instituciones tan dignas de atención como las nuestras. Aún hoy día, tres de esos códigos, los de la India, de la China y de los musulmanes, rigen comarcas tan vastas como Europa y pueblos que valen mucho. No vamos como Bossuet á «olvidar el universo en una historia universal,» y á subordinar el género humano á un pequeño pueblo confinado á un cantón pedregoso junto al mar Muerto, pues, como dice en las *notas al Ensayo sobre las costumbres*, «puede hablarse de este pueblo en teología, pero no merece gran atención á la historia.» La historia humana es como lo demás, una cosa natural; su dirección la recibe de sus elementos; no hay fuerza exterior que la conduzca sino que la forman fuerzas interiores; no se dirige á un objeto, va á parar á un efecto. Y este efecto principal es el progreso del espíritu humano. «En medio de tantos saqueos y destrucciones, vemos un amor al orden que anima secretamente al género humano y que ha impedido su ruína total. Es este uno de los resortes de la naturaleza que siempre recobra su fuerza; él es quien ha formado el código de las naciones; por él es por el que se reverencian la ley y sus ministros en el Tonquin y en la isla Formosa lo mismo que en Roma.» Así, pues, hay en el hombre «un principio de razón,» es decir, un «instinto de mecánica» que les sugiere las ideas útiles, razón por la cual, sin duda, definió Franklin al hombre, diciendo que es «un animal que hace herramientas,» y un instinto de justicia que le sugiere las ideas morales. Estos dos instintos forman parte de su constitución, los tiene de nacimiento «como las aves sus plumas y como el oso su piel.» Y consiste ello en que es perfectible por naturaleza y no hace más que conformarse con ella cuando mejora su espíritu y su condición. El salvaje, «el

(1) *Introducción al Ensayo sobre las costumbres: De los salvajes.*—Buffon, *Épocas de la naturaleza*, séptima época. Sobre el mejoramiento de las especies útiles, anuncia con anticipación las ideas de Darwin.

brasileño, es animal que no ha alcanzado aún el complemento de su especie; es una larva encerrada en su capullo y que no llegará á mariposa hasta dentro de algunos siglos.» Llevad esta idea más allá con Turgot y Condorcet en el *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, de este último y por entre las exageraciones, veréis nacer antes de finir el siglo, nuestra teoría moderna del progreso, la que funda todas nuestras esperanzas en el adelanto indefinido de las ciencias, en el aumento del bienestar que los descubrimientos aplicados llevan incesantemente á la condición humana y sobre el crecimiento del buen sentido que sus descubrimientos vulgarizados deponen lentamente en el espíritu humano.

Falta sentar un segundo principio para terminar los cimientos de la historia. Descubierta por Montesquieu, aún hoy nos sirve de apoyo para edificar, y si hemos de corregir el edificio del maestro, no es sino porque la erudición aumentada ha puesto en nuestras manos materiales más sólidos y numerosos. En una sociedad humana todas sus partes se relacionan; no puede alterarse ninguna sin introducir en las demás, y como de rechazo, una alteración proporcionada. Las instituciones, las leyes, las costumbres, no están en ella puestas una encima de la otra como en un montón, al acaso ó á capricho, sino unidas entre sí por conveniencia ó necesidad, como en un concierto (1).

Según que la autoridad resida en manos de todos, de muchos ó de uno solo, según admita ó no el príncipe leyes fijas superiores á él, y poderes intermediarios inferiores al mismo todo difiere ó tiene á diferir en un sentido previsto y en cantidad constante; el espíritu público, la educación, la forma del juicio, la naturaleza y grado de las penas, la condición de las mujeres, la institución militar, la naturaleza y cuantía del impuesto. De la gran rueda central depende una multitud de ruedas secundarias. Porque si el reloj marcha es gracias al concierto de sus diversas piezas, de donde se sigue que si el concierto deja de existir, el reloj se descompondrá. Pero, además del resorte principal, hay otros que obrando sobre él ó combinando su unión con

(1) *Espíritu de las leyes*, prefacio. «He examinado primeramente á los hombres, y he creído que en esta infinita variedad de leyes y costumbres no habían sido á ellas llevados tan sólo por capricho. He establecido los principios, y he visto los casos particulares someterse á ellos como por sí mismos, no ser más que sus consecuencias historias de todas las naciones, y cada ley particular unida á otra ley ó depender de otra más general.»

la suya, imprimen á cada reloj una vuelta propia y una marcha particular. Tal es en primer lugar el clima, es decir, el grado de calor ó frío, de sequía y humedad, con sus infinitas consecuencias sobre lo físico y sobre la moral del hombre, y por consiguiente sobre su servidumbre ó libertad políticas, civiles y domésticas. Tal es también la tierra, según su fertilidad, su situación y su extensión.

Tal es el régimen físico, según que el pueblo sea cazador, pescador ó agrícola. Tal la fecundidad de la raza, y, por consiguiente, la multiplicación lenta ó rápida de la población, y también es exceso unas veces de hombres y otras de mujeres. Y tales son, en fin, el carácter nacional y la religión. Todas estas causas, una á otra añadidas, ó una por otra limitadas, contribuyen en conjunto á un efecto total que es la sociedad; sencilla ó complicada, estable ó varia, bárbara ó civilizada, esta sociedad tiene su razón de ser en sí propia. Puede explicarse su estructura, por rara que sea, y sus instituciones, por contradictorias que parezcan. Ni la prosperidad, ni la decadencia, ni el despotismo, ni la libertad, son jugadas de dados hechas por las vicisitudes del azar, ó golpes teatrales improvisados por la arbitrariedad no de un hombre. Ellas tienen condiciones á las cuales podemos sustraernos. De todos modos, nos es útil conocer estas condiciones, ya sea para mejorar nuestro estado, ya para tomarlo en paciencia, sea para realizar las oportunas reformas ó para renunciar á las impracticables, bien para tener la habilidad que conduce al éxito, ó ya para adquirir la prudencia que se obtiene.

IV

Y hemos llegado al centro de las ciencias morales; se trata del hombre en general.

Hemos de hacer la historia natural del alma, y la haremos como las demás, prescindiendo de los prejuicios, sin tener en cuenta sino los hechos, tomando la analogía por guía, empezando por los orígenes, siguiendo paso á paso el desarrollo que de un niño, de un salvaje, de un hombre inculto y primitivo, forma el hombre razonable y culto. Consideremos los comienzos de la vida, al animal en el último grado de la escala, al hombre en el instante que sigue al de su nacimiento. Lo que hallamos, ante todo, en él, es la sensación de una ó de otra especie, grata ó penosa; por consiguiente, una necesidad, tendencia ó deseo, y, por consiguiente, en fin, gracias á un mecanismo fisiológico, movimientos voluntarios ó involuntarios, más ó menos exacta y más ó menos

rápidamente apropiados y coordinados. Y este hecho elemental no es únicamente primitivo, sino también universal é incesante, pues que se le vuelve á encontrar en todos los momentos de todas las existencias, lo mismo en las más complicadas que en las más sencillas. Averigüemos, pues, si es quizá el hilo conque está tejida toda nuestra trama mental, y si el desarrollo espontáneo que une sus mallas tiende á fabricar la red completa de nuestros pensamientos y de nuestras pasiones. Acerca de esta idea, un espíritu, de una precisión y lucidez admirables, Condillac da á casi todos los grandes problemas la resolución que el prejuicio teológico renaciente y la importación de la metafísica alemana debían desacreditar entre nosotros al comenzar el siglo XIX, pero que la observación repetida, la patología mental instituida y las multiplicadas vivisecciones acaban hoy de reanimar, justificar y completar (1).

Ya Locke había dicho que todas nuestras ideas reconocen por primer origen la experiencia interna ó externa. Condillac demuestra, además, que toda percepción, recuerdos, ideas, imaginación, juicio, razonamiento, conocimiento, etc., tiene por *elementos actuales* sensaciones propiamente dichas, ó sensaciones renacientes; nuestras más elevadas ideas no conocen otros materiales, porque se reducen á signos, que son, á su vez, sensaciones de cierto género. Así que las sensaciones son la sustancia de la inteligencia humana, lo mismo que de la animal; si bien la primera es muy superior á la segunda, en que por la creación de los signos llega á aislar, á extraer y observar fracciones de sus sensaciones, es decir, á formar, combinar, y manipular nociones generales. Esto sentado, podemos comprobar todas nuestras ideas, porque podemos rehacerlas y reconstruir con reflexión lo que sin ella teníamos construido. Al principio, no hay ninguna definición abstracta; lo abstracto es ulterior y derivado; lo que es necesario poner al comienzo de cada ciencia, son ejemplos, experimentos, hechos sensibles; de ahí es de donde extraeremos nuestra idea general. De igual manera, de muchas ideas generales del mismo orden, sacaremos otra más general, y así sucesivamente paso á paso, andando siempre según el or-

(1) Pinel, (1791) y Esquirol (1838), sobre las enfermedades mentales.—Procharka, Legallois y luégo Flourens, sobre las vivisecciones.—Hartley y James Mill, al fin del siglo XVIII, siguen en psicología el mismo camino que Condillac; actualmente, toda la psicología contemporánea ha entrado en él. (Wundt, Helmholtz, Fehner, en Alemania; Bain, Stuart Mill, Herbert Spencer y Carpenter, en Inglaterra.)

den natural, por un análisis continuo, con nociones expresivas, es imitación de las matemáticas, que pasan del cálculo con los dedos al cálculo con cifras, luego al cálculo con letras, y que llamando á la vista al auxilio de la razón, pintan la analogía íntima de las cantidades con la analogía exterior de los símbolos. De esta manera la ciencia perfecta acabará por un idioma bien hecho (1).

Merced á esta destrucción del procedimiento ordinario, damos de mano á todas las discusiones sobre epítetos, nos ponemos á cubierto de las ilusiones de la palabra humana, simplificamos el estudio, rehacemos la enseñanza, aseguramos los descubrimientos y ponemos todas las ciencias al alcance de todos los espíritus.

V

Así es como se necesita proceder en todas las ciencias, y muy notablemente en las morales y políticas. Considerar por turno cada esfera distinta de la acción humana, descomponer nociones capitales bajo las cuales la concebimos, las de religión, sociedad y gobierno, las de utilidad riqueza y cambio, las de justicia derecho y deber; remontarnos á los hechos tangibles, á los primeros experimentos, á los sucesos más sencillos en los cuales están incluidos los elementos de la noción; sacar de ellos los preciosos veneros sin omisión ni mezcla, recomponer con los mismos la noción, fijar su sentido, determinar su valor, sustituir la idea vaga y vulgar de la

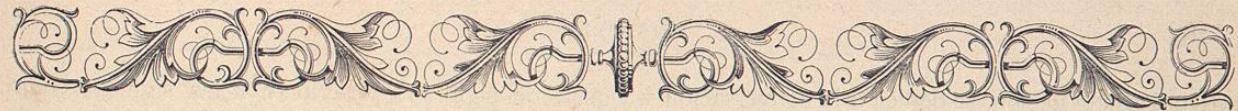
(1) Condillac, especialmente en sus dos últimas obras, la *Lógica* y el *Idioma de los cálculos*.



Luís de oro de Luís XV, con las armas de Francia y de Navarra

cual se partió, con la definición precisa y científica á que se ha llegado y el metal impuro que se recibió con el metal fino que se obtiene, hé ahí el método general que los filósofos enseñaron entonces con el nombre de análisis, y que reasume los progresos de todo el siglo.

Hasta aquí, pero no más que hasta aquí, tienen ellos razón; toda verdad está encerrada en las cosas observables, y de ellas únicamente es de donde se la puede extraer; no hay otro camino que conduzca á los descubrimientos. Ciertamente que la operación no es fructuosa sino á condición de que la ganga sea abundante y de que se tengan los procedimientos de su extracción; para tener una exacta noción del Estado, de la religión, del derecho, de la riqueza, necesario es ser previamente historiador, jurisconsulto y economista, haber recogido millares de hechos y poseer, además de una vasta erudición, una perspicacia muy ejercitada y especial. Ciertamente también que si sólo medianamente se tienen estas condiciones, la operación sólo da incompletos resultados ó de dudosa ley, bocetos de ciencias, los rudimentos de la pedagogía con Rousseau, de la economía política con Quesnay, Smith y Turgot, de la lingüística con De Brosses, de la aritmética moral y de la legislación penal con Bentham. Ciertamente, finalmente, que si no se posee ninguna de aquellas condiciones, la propia operación practicada por empíricos de gabinete, por aficionados de salón y por charlatanes de callejuela, no conduce más que á compuestos dañosos y explosiones mortíferas. Pero una buena regla siempre es buena, aún después de mal usada por la ignorancia y la precipitación; y si hoy volvemos á proseguir la obra deficiente del siglo XVIII es dentro de los contornos que él nos ha transmitido.



CAPITULO II

Segundo elemento, el espíritu clásico. — Sus indicios, su duración, su pujanza. — Sus orígenes y su público. — Su vocabulario, su gramática, su estilo. — Su procedimiento, sus méritos, sus defectos. — Su vacío originario. — Indicios de este vacío en el siglo XVII. — Se acrecienta con el tiempo y el éxito. — Pruebas de este crecimiento en el siglo XVIII. — Poemas serios, teatro, historia, novela. — Limitada concepción del hombre y de la vida humana. — Conformidad del método filosófico. — La ideología. — Abuso del procedimiento matemático. — Condillac, Rousseau, Mably, Condorcet, Volney, Siéyes, Cabanis, de Tracy. — Exceso de simplificaciones y temeridad de las fundaciones.



ESTE grande y magnífico edificio de verdades nuevas, se parece á una torre cuyo primer piso repentinamente terminado hácese accesible al público en un momento dado. Éste sube al mismo y sus constructores le dicen que miren no á lo alto ni en los espacios, sino ante sí á su alrededor y hacia el suelo para que conozca en fin el país que habita. Verdaderamente el punto de vista es bueno y juicioso el consejo. Pero sería una conclusión errónea la de creer que el público ha de ver con exactitud; porque falta examinar aún el estado de sus ojos, saber si es présbite ó miope, si por hábito ó por naturaleza es ó no propia su retina para percibir ciertos colores. De igual modo nos falta examinar aún á los franceses del siglo XIX, la estructura de sus ojos interiores, esto es, la forma precisa de inteligencia que consigo llenan sin saberlo y sin quererlo á su nueva torre.

I

Esta forma precisa es el espíritu clásico y ella es la que aplicada á la ciencia adquirida del tiempo produjo la filosofía del siglo y las doctrinas de la Revolución. Se reconoce su existencia en diversos in-

dicios y especialmente en el estilo oratorio, regular, correcto, compuesto todo él de expresiones generales y de ideas correspondientes. Esta forma dura dos siglos, desde Malherbe y Balzac hasta Delille y M. de Fontanes; durante tan largo período ninguna inteligencia, excepción hecha de dos ó tres y aún eso en memorias secretas como en las de Saint-Simon ó en cartas familiares como las del marqués y el baile de Mirabeau, se atreve ni puede sustraerse á su imperio. Lejos de terminar con el antiguo régimen, es el molde del cual salen todos los discursos, todos los escritos, hasta llegar á las frases y al vocabulario de la Revolución. Después, ¿hay algo más eficaz que un molde previo, impuesto y aceptado en el que todos los espíritus se encierran, en virtud del carácter, de la educación y de la tradición; para pensar? Esta es, pues, una fuerza histórica de primer orden. Para mejor conocerla, veamos como se forma. Ella se establece al propio tiempo que la monarquía regular y la conversación atildada, y las sigue no accidental sino naturalmente. Porque es cabalmente la obra del nuevo público formado entonces por el nuevo régimen y las nuevas costumbres; esto es, la aristocracia desocupada por la invasora monarquía, gente bien nacida, bien educada que,